

VII

ALSINE PARA LOS PAJARITOS

En los tiempos en que yo era colegial, cada año, el 28 de febrero, día consagrado a la fiesta de Carlo Magno, los alumnos que habían obtenido el número uno en alguna asignatura se reunían en un banquete. Alumno de tercero, desconfiaba yo de poder sentarme jamás en ese banquete de los príncipes. Estaba muy lejos de conquistar el número uno de mi clase y me creía feliz al mantenerme en el centro oscuro. Yo no era perezoso, por el contrario, trabajaba como los más aplicados; pero cuanto más trabajaba más alejado me veía de los primeros puestos, porque me consagraba a estudios completamente ajenos a la enseñanza clásica, y con atención tan profunda que absorbió todas mis facultades. Mi curiosidad ansiosa descubría uno tras otro asuntos de interés a los que me entregaba en cuerpo y alma. Por esta razón aquel año, durante las tres primeras semanas del curso, viví cautivo de la reina Nitocris. Sólo pensaba en ella; en todas partes la veía; era mi obsesión. Los programas, los temas, las versiones, las narraciones, las fábulas de Esopo,

las vidas de Cornelio Nepote, las guerras púnicas, no significaron nada para mí; todo lo que no se refería a la reina Nitocris me era indiferente. Nunca hubo un amor tan exclusivo. Cuando ya declinaba este sentimiento (porque nada es durable) una vez que me dió mi madre un poco de muérdago y me dijo que era la planta sagrada de los druidas, imaginé durante varias semanas bosques profundos, sacerdotisas vestidas de blanco, hoces de oro y canastillos de muérdago. Después me poseyeron las abejas de Aristeia y las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. Como estas preocupaciones imaginarias absorbían mi atención, mi constante indiferencia por cuanto me rodeaba dióme un aspecto poco inteligente, y se concibe así que no inspirase mucha estimación al señor Beaussier, mi profesor, hombre cabal, de carácter circunspecto, y hasta un poco taciturno, de una cultura sólida pero algo limitada, según puedo ahora inferir atenido a mis recuerdos. Empleaba conmigo una severidad extraordinaria nunca disminuída por ningún movimiento piadoso, porque en su conciencia me creía maligno y perverso. Pero no obstante mi humor contemplativo, yo tenía entonces una inclinación que luego perdí: amaba la Gloria. Sí; a pesar de las deformidades de mi inteligencia que me valían el desprecio del señor Beaussier y me apartaban para siempre de los honores escolares, yo hubiera querido brillar en el primer banco de la clase y recoger laureles como un héroe antiguo. Sí; yo ama-

ba la Gloria; la educación universitaria que a pesar de todo había penetrado en mí, me obligaba a confundir en una sola admiración los vencedores de Salamina y los héroes de Palmarés. Yo amaba la Gloria. La disciplina napoleónica, a la cual me hallaba sujeto, me hacía suspirar por la corona de papel verde, y seguramente más adelante me hubiera inspirado el deseo de las cruces, de los cordones y de las casacas bordadas, a no ser porque torcí el camino. Yo amaba la Gloria y envidiaba a los colegiales ilustres.

Entonces eran tres, graves, serios, imponentes, acaso un poco pesados pero sólidos, firmes, que recogían todos los laureles y ocupaban los primeros puestos: Radel, Laperliere y Maurisset. Los tres eran internos, y como el internado imprimía a sus costumbres algo de carácter militar, despreciaban a los civiles, a los externos como yo que apenas éramos de la casa. Tenían el espíritu de cuerpo que yo no tuve nunca, y que por mi desgracia nunca he podido adquirir. Dominaban en los recreos lo mismo que en las clases, y mostraban en las partidas de marro y de barra igual maestría que les reconocíamos en tema griego y en discurso latino. Tanta grandeza me inspiró más asombro que atractivo, y sentí por aquellos muchachos más admiración que simpatía.

Cada semana, el sábado por la tarde, al distribuir los puestos de composición, tema, versión, discurso latino o narración, el señor Beaussier declaraba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

que al examinar atentamente los ejercicios de aquellos tres incomparables alumnos, hubiera querido no advertir la superioridad de uno sobre los otros dos. Según él, Radel, Laperliere y Maurisset se igualaban; casi no estaba seguro de que Radel era más exacto, Laperliere más elegante y Maurisset más conciso. La concisión, a juicio del señor Beaussier, acaso era lo que más distinguía a Maurisset. Ajeno a todo lo que se hacía y se decía en la clase, indiferente a los preceptos más útiles, ignorante de las reglas más necesarias, yo producía temas y versiones faltos de aquella exactitud, de aquella elegancia y de aquella concisión. Cuanto salía de mi pluma abundaba en solecismos y en barbarismos, interpretaciones erróneas y contrasentidos. Al repasar mi cuaderno, el rostro del señor Beaussier expresaba de pronto una dignidad entristecida y una reconcentrada reprobación. Un pliegue doloroso contraía los delgados y sinuosos labios del maestro, quien me reprochaba amargamente las incorrecciones abundantes en mis ejercicios, y el mal gusto que acababa de hacerlos desagradables a sus ojos. Este mal gusto desolaba al señor Beaussier, y este defecto me abrumaba tanto más porque yo no entreveía la posibilidad de remediarlo y de mejorar mi gusto. Aún hoy, después de tantos años, no comprendo los motivos en que se apoyaba el señor Beaussier para juzgar tan deplorable mi gusto; pero su antipatía por ese gusto era patente, y se revelaba hasta en la manera de pasar las hojas de mi cuader-

no con una ironía siniestra. Sus desdenes me hicieron sufrir; sentíme alejado para siempre de la Gloria y me resigné, con la esperanza de refugiarme aún entre la oscura medianía.

Me consolaba, en cierto modo, reflexionar que nunca descendí a los tres últimos puestos. No era posible, porque estaban adjudicados perpetuamente a Morlot, Laboriette y Chazal. Fuese cual fuese la prueba o el asunto de la composición, ciencias o letras, lenguas vivas o clásicas: Morlot, Laboriette y Chazal eran siempre los últimos. El fenómeno se reproducía cada semana con la constancia de las leyes que regulan el movimiento de los astros y la sucesión de las estaciones. Sólo variaba el penúltimo, que unas veces era Laboriette y otras Morlot; el último era infaliblemente Chazal, quien se mantenía en su puesto con inquebrantable firmeza. Al señor Beaussier no le inspiraba ninguna objeción aquel hecho de una exactitud tan satisfactoria como necesaria; se inclinaba ante la necesidad, señora de los hombres y de los dioses, y acababa la lectura de las clasificaciones con los nombres de Morlot, Laboriette y Chazal sin hacer comentarios inútiles. De este modo, por grande que fuera mi derrota, Morlot, Laboriette y Chazal aseguraban siempre mi retaguardia. No era superfluo este convencimiento, que se me hizo de día en día más necesario. Yo perdía puestos con facilidad; una secreta y maligna influencia me lanzaba hacia los bancos inferiores. Me hubiera sido imposible desconocerla, porque el

señor Beaussier lo advertía con el rudo goce de un alma inflexible que aplaude los rigores de la justicia; porque mi madre, humillada en su orgullo máximo, se lamentaba durante la comida, que sus reproches me amargararon muchas veces; porque mi padre se mantenía en un silencio reprobador; porque hasta Justina, sin ningún respeto ya para su señorito, me presentaba el ejemplo de Sinfórico que, a pesar de su pequeñez llevaba a su casa todos los premios de la escuela. Abrumado por aquel rebajamiento incesante busqué inútilmente sus motivos, sin detenerme a pensar que nunca puse atención en lo que se decía y se hacía en la clase. Diariamente me acercaba más y más a la cola. Un sábado de diciembre, con motivo del tema griego (¡musas inmortales, castas hermanas, borrad de mi memoria este recuerdo humillante!) me encontré clasificado junto a Morlot, Laboriette y Chazal, entre Morlot, sobre el cual me ponía la fatalidad inapelable, y Alsine, a quien yo no podía resistir, y que se hallaba delante de mí por una fatalidad inconcebible. Yo despreciaba profundamente a Alsine; Jacobo Alsine, el pequeño Alsine, a quien llamábamos «Alsine para los pajaritos», muy satisfechos del chiste. Le creí tonto ¡y este relato probará la certeza de mis juicios! Le consideraba menos inteligente que a Morlot, Laboriette y Chazal. Chazal era rústico, y algunas veces agradaba por la ingenuidad alegre de sus réplicas; Laboriette, vizco, huraño, vocinglero, parecía un loco; Morlot, durmiente incorregible,

tenía largas pestañas sedosas y el encanto misterioso de un príncipe de cuento árabe. Cada uno de ellos interesaba por algo; pero Alsine carecía en absoluto de interés, y creo que todos mis camaradas le juzgaban como yo. Menudo, flaco, enfermizo, sus dolencias le obligaron a faltar muchas veces a las clases y abrieron profundas lagunas de ignorancia en sus conocimientos clásicos. Su inteligencia era tarda, su memoria rebelde, y su ingenuidad mostraba sin recelo todas las flaquezas de su espíritu. En una palabra: le juzgábamos feo porque era débil, estúpido porque era tímido, despreciable porque era inofensivo; y sin embargo había en él una expresión indescifrable, un algo secreto y profundo que debió hacernos reflexionar y suspender nuestro juicio; pero nos arrastró el impulso de nuestra necedad y adoptamos por costumbre reírnos de Alsine y atormentarle. También yo me burlaba de Alsine, porque entonces respetaba con ceguera la costumbre. Si no hubiera remediado este defecto, ahora sería peor de lo que soy, pero sacara mucho más provecho en la vida. Despreciaba a Alsine, hacía todo lo posible por humillarle y molestarle, más culpable y más necio en esto que los otros, porque verdaderamente no existió nunca entre Alsine y yo la antipatía natural que le separaba de los demás condiscípulos y de los maestros. De buena fe supuse al enfermizo Alsine inferior a mí, absolutamente inferior, de una inferioridad degradante; le reservaba el más profundo desdén y le

abrumaba con todas las ironías que mi natural dulzura y mi perpetuo aturdimiento dejaron a mi disposición.

El señor Beaussier, ahora lo proclamo y sus actos lo pregonan, el señor Beaussier era un hombre justo. Su Themis podía estar falta de luz y de gracia, pero los platillos de su balanza no cedían al favor. El caso que voy a referir es una prueba de que el señor Beaussier juzgaba sin odio y sin afecto, y de que algunas veces sus veredictos llegaron a serle dolorosos. Véase lo sucedido: Un sábado, un incomprensible sábado, el señor Beaussier anunció que yo era el primero en versión latina. Lo anunció en tono grave, con tristeza, con profundo abatimiento, como si diese a entender que aquello era fastidioso, lamentable, inmoral. Y sin embargo, a pesar de todo lo anunció, lo proclamó, y me concedió el número uno, notoriamente afligido al ver que yo lo merecía. Según parece la versión era difícil; los más hábiles se habían descaminado en varios puntos, tal vez por obstinarse en rebuscar. Mi ligereza me favoreció; como de costumbre no me había preocupado por nada, y vencí la dificultad sin advertirla. Esta era la explicación que se atrevió a formular el señor Beaussier acerca de aquel hecho inexplicable. Sea como fuere, me puso el primero y vencí a Radel, a Laperliere y a Maurisset.

Me puso el primero. Yo amaba la Gloria, pero no había nacido para disfrutarla. Su primer rayo, que me llegaba de una manera tan imprevista, me

enloqueció, me hizo vanidoso. Por una aberración monstruosa de mi entendimiento, creí natural ser el primero de mi clase, cuando en realidad lo era contra todas las conveniencias y todas las previsiones. De pronto me inundó de alegría, y alentó mi orgullo una idea: yo tomaría parte en el banquete de la fiesta de Carlo Magno, y me sentaría entre los mejores y los más fuertes desde aquel tercer año a que pertenecía, hasta la Retórica y las Matemáticas especiales. ¡Qué triunfo! ¡Qué embriaguez! El banquete de la fiesta de Carlo Magno no sólo era ilustre, también era delicioso; un colegial más antiguo me lo había contado: servían cremas, sorbetes, y vino de Champagne en copas de cristal.

Adopté un aspecto de superioridad muy ridículo, que me dejaba moralmente por debajo de Morlot, Laboriette y Chazal; y cuando Alsine, el infeliz Alsine, dejó de trazar rosetas en su cuaderno, se volvió hacia mí, y con sus labios pálidos que descubrían unos dientes amarillos me sonrió con expresión a la vez amable y satírica: yo fingí no advertir el propósito de tan insignificante persona, y murmuré al oído de Noufflard:

—¡Qué imbécil es Alsine!

Cuando sonó la campana, imité al salir el paso lento y la cadencia bobina de mis rivales un instante vencidos pero siempre altaneros y amenazadores: Radel, Laperliere y Maurisset.

¡Ay! no debía repetirse mi victoria. A la semana siguiente el señor Beaussier con visible satisfacción

proclamó mi rebajamiento. La incorrección de mi tema, los solecismos y los barbarismos que menudeaban en él, me lanzaron de pronto al último tercio de la clase, no lejos de Morlot, Laboriette y Chazal. Éstos, al menos poseían los atributos divinos: la permanencia y la estabilidad. En todo caso, y por mi desgracia, el primer lugar obtenido una sola vez daba a mi medianía un carácter de mengua, pero me aseguraba un lugar en el banquete de la fiesta de Carlo Magno.

Concebí acerca de aquel banquete ideas fastuosas. No diré que lo imaginase como el festín de los dioses que Rafael pintó en el techo de la Farnesina, y esto por muchas razones que sería inútil exponer, pero lo adorné con todas las pompas y todas las magnificencias que podía concebir entonces mi imaginación juvenil y débil, ya exaltada. Era el asunto más frecuente de mis meditaciones, y hubiera sido también el de mis conversaciones; pero no me atreví a hablar de ello a mi padre, temeroso de su frío razonar, ni a mi madre, porque sin duda me hubiera dicho que yo no merecía los honores de aquella mesa, ya que ser el primero una sola vez es como serlo casualmente. Por fin le dije a Justina, mientras freía patatas con gran estrépito, que en la fiesta de Carlo Magno servían pavos reales con su cola en abanico, un ciervo con su cornamenta, y jabatos con su piel sedosa. No eran invenciones mías: había leído aquellos esplendores culinarios en un libro de cuentos viejos, y me persua-

dí de que los renovarían agrandados en el banquete del 28 de enero. A pesar de todo Justina no me escuchaba, y metía el cogedor en la carbonera con un ruido tan atroz que hizo estremecer a mi padre en su butaca al otro extremo del piso.

Entre tanto el pequeño Alsine, siempre afable y humilde, siempre de tarda comprensión, ganaba puestos cada semana; un día llegó a colocarse entre Laperliere y Maurisset con asombro de todos los alumnos y del propio señor Beaussier. Aquel éxito era el presagio de otro éxito mayor y más importante: en la segunda semana de enero Alsine ocupó el primer lugar en tema griego. Había superado en el ejercicio del *iota suscrito*, a Laperliere y a Radel, y había conocido mejor que el propio Maurisset los verbos en *mi*. Toda la clase acogió el triunfo de Alsine con alegría y ruidosas manifestaciones, que imitaban el canto de los pajarillos para loar de aquel modo al que llevaba el nombre de su planta favorita, y aquellas voces trinadoras y selváticas dirigidas al héroe de los verbos en *mi*, hicieron sonreír al señor Beaussier cuyos labios, fruncidos por la sonrisa, le dieron un instante las apariencias de un viejo fauno. Llegó a suponerse que los gorriones cobijados en los árboles cubiertos de nieve, unían su canto al de sus imitadores. Ahora me avergüenza confesarlo, pero entonces me produjo una violenta contrariedad saber que Alsine sería uno de los comensales en el banquete de la fiesta de Carlo Mag-

no. Una gloria compartida con Alsine me desagradaba y dejé de prometerme honor y contento en una mesa donde me hallaría sentado junto a él. Confieso estas malas inclinaciones mías, pero a la vez pregunto, como preguntaba Juan Jacobo Rousseau, si alguno de mis lectores podría despreciarme por suponerse mejor que yo. Aquel día en que mostré un alma débil y vana, mi humillación fué dolorosa. El señor Beaussier hizo notar que mi ignorancia era absoluta en lo referente al *aoriste*, y que en mi tema cometí errores infinitos, y casi tan considerables como los de Morlot, Laboriette y Chazal.

Regresé cabizbajo a mi casa y corrí en busca de Justina, que cerca del fogón mondaba zanahorias con un formidable cuchillo. Rayaban de rojo sus brazos desnudos, arañazos, cortaduras, desgarraduras y toda clase de heridas. El arrebatado color de sus mejillas igualaba al de la lumbre. Le anuncié que la fiesta de Carlo Magno era un convite sin importancia, al cual asistirían imbéciles, idiotas y otros tipos inferiores, y que no servirían en aquella mesa pavos, ciervos ni jabalíes, sino fuentes de bacalao y de judías; me propuse demostrarle que «Alsine para los pajaritos» era un alma de cántaro. Mientras yo hablaba, Justina levantaba la tapa del puchero; después, con los ojos cegados por el vapor caliente, cogió de un cacharro que había en el vasar un puñado de sal, volcó sobre su cabeza una botella de aceite, tropezó en la mesa, hizo caer el quinqué, perdió el equilibrio y se desplomó con

estrépito. Era difícil sostener una conversación con persona tan accidentada, cuyas frecuentes desventuras no la servían de escarmiento.

El día de la fiesta de Carlo Magno presentóse húmedo y obscuro. El banquete se celebraba en el refectorio del colegio, donde yo no había entrado nunca, pero cuyo olor a grasas calientes me producía náuseas cada vez que pasaba por delante de sus puertas. Opinaba Justina que yo tenía el estómago delicado. El anchuroso comedor, provisto de largas mesas de mármol negro, estaba adornado con guirnaldas de papel, conforme al gusto flamante y sencillo de las decoraciones de cuartel y de sacristía. No habían puesto manteles, pero las servilletas estaban sobre los platos plegadas en forma de pajarita, y aquellos blancos simulacros me produjeron una sensación agradable, como si las palomas de Afrodita hubiesen revoloteado ya en mis ensueños. Me colocaron entre Laperliere, que estaba a mi izquierda, y Alsine, que ocupaba a mi derecha el extremo de la mesa, al pie del estrado donde el señor director, el padre Delalobe, brillaba venerable y sonriente en una negra corona de profesores. Yo despreciaba a Alsine, y Laperliere sentía desprecio por mí. Entre los tres no se cruzó ninguna frase. A Laperliere le quedaba el recurso de hablar con Radel, su vecino de la derecha, mientras que Alsine y yo nos veíamos condenados al mutuo silencio. No sirvieron pavos, ni ciervos, ni jabalíes, pero al fin llegaron, después de larga espera, los rabanillos

y las rajas de salchichón. Contemplé aquella corona universitaria donde florecía el señor Beaussier; reconocí sus labios sinuosos, sus largas patillas como espolvoreadas con pimienta y sal, su barbi-lla recién afeitada. Tenía una expresión menos firme que en su clase; sujetó la servilleta a su cuello y se llevó la comida a la boca. Esto me produjo alguna sorpresa; no se me había ocurrido imaginar que el señor Beaussier comía. Era la cosa más natural del mundo. Sin embargo, al ver a una persona no relacionamos con ella todas las funciones de su vida, y esta facultad de abstracción interesa mucho a la dignidad humana. Los platos se sucedían lentamente; el murmullo de las voces alegraba el comedor; mi vecino de la izquierda, Laperliere, explicaba a Radel el mecanismo de los revólvers y de las carabinas que había recibido de aguinaldo; porque aquellos príncipes de los estudios eran heroicos hasta en sus juegos. No me fué tan fácil interpretar lo que decía Radel referente a la equitación y a la caza. Yo, hijo de un médico de barrio, estaba por completo excluído de aquellas conversaciones, mientras Alsine me daba de cuando en cuando alguna muestra de simpatía, que yo rechazaba con el mismo gesto altanero que Radel y Laperliere tenían para mí. Con disimulo miraba de vez en cuando aquel pobre rostro, suave y fino, resuelto a no comunicarme con un ser inferior, a pesar de lo cual un algo misterioso y profundo que se agitaba dentro de mí me advertía que aquellos

sentimientos iban a extinguirse pronto para sustituirse por otros muy diferentes. Desoí estos avisos secretos, que un hombre de la antigüedad pagana hubiera considerado advertencias de los dioses. Después del asado y cuando, según dice Homero, hubimos satisfecho el hambre inexorable: el ruido de las voces y de las risas llegó a ser ensordecedor. Vi entonces por el rabillo del ojo que Alsine arrojaba su servilleta sobre su brazo derecho bajo el puño cerrado, al cual daba las apariencias de una cabeza con la punta de su pulgar asomada entre el índice y el dedo corazón; le vi contemplar aquella muñeca viva, con una tristeza afectada y en el fondo verdadera, y le oí decir:

—¿Cómo te encuentras aquí, pequeño Alsine? Tú no tienes con quién hablar. Es triste, pero consuélate. Hablaré yo contigo, y esto nos divertirá; te contaré una aventura extraordinaria del alumno Pedro Nozière. Este colegial ha venido al banquete de la fiesta de Carlo Magno en cuerpo y sin alma. Si tuviese alma, Nozière hablaría. Está callado porque su alma no vino con su cuerpo. ¿Dónde está su alma? ¿En qué país? ¿En la tierra o en la luna? Lo ignoro; y mientras el alma de Pedro Nozière divaga, sabe Dios por dónde, tú, mi pobre Alsine, almuerzas al lado de un cuerpo sin alma, de una figura de cera que no habla ni ríe. ¿Qué dices tú a esto, pequeño Alsine, pobre «Alsine para los pajaritos»?

Al principio de esta minúscula comedia exageré

mi desdén para resistir mejor a las insinuaciones de mi vecino; pero la gracia de su voz y de su pensamiento, el encanto de su alma dolorosa y dulce, conmovieron mi corazón. De pronto comprendí que Alsine valía más que yo por las condiciones más raras y preciosas de su inteligencia y de su carácter, y sentí que me inspiraba una ternura ardiente. Sin embargo no supe qué decirle; pero él comprendió mi pensamiento, y su rostro se iluminó con una alegre sonrisa. En un segundo llegamos a ser íntimos amigos; nos lo habíamos dicho todo sin hablar; yo le conocía como si hubiese vivido siempre con él.

«Alsine para los pajaritos», Jacobo Alsine, mi querido Alsine, vivía con su madre y con su hermana en un aposento muy bonito de la calle del Sena, con muebles de terciopelo azul y rosa. Su padre, Felipe Alsine, profesor de Química en la Escuela Normal, había muerto joven, precisamente cuando preparaba importantes descubrimientos. Jacobo Alsine también deseaba dedicarse a las ciencias.

—Las hay muy agradables—me dijo—; te lo aseguro, pero no confío en poder estudiarlas; mi salud no me ayuda; este mismo año estuve muy enfermo.

—No debe ser cosa grave—le repliqué.

—No, no es cosa grave—repetió con una sonrisa de sus labios descoloridos—. Mi hermana también está muy enferma. Le quedan tres meses de curso;

perdió en Gramática los participios y en Historia el feudalismo. ¿Qué te parece?

—A mí—le objeté—me gusta la Historia, sobre todo cuando es extraordinaria.

—A mí también; pero me pierdo entre las sucesiones de imperios y monarquías. Tal vez soy muy pequeño para esos estudios.

—Tú no eres muy pequeño.

—Cada vez soy más pequeño; disminuyo; llegaré a ser pequeñito, pequeñito.

La comida resultó muy agradable. Nos sirvieron huevos a la nieve en grandes ensaladeras, y nos sirvieron vino de Champagne. Aquello nos alegró. Hasta Laperliere quiso brindar conmigo, y yo acerqué veinte veces mi vaso al de mi amado Alsine. Le conté la historia de la portera que arrojó un cubo de agua al rostro del casero, segura de que lo echaba a los pilluelos juguetones. Él me refirió, sonriente y con frases entrecortadas por una tosecilla seca, la aventura del castañero que ve salir de estampía el hornillo de las castañas, porque unos bromistas lo sujetaron con un bramante a la rueda de un carruaje. Luego hablamos con admiración de Espartaco, de Epaminondas y del general Hoche. En cuanto a Carlo Magno, su inmensa barba nos lo ofrecía un poco risible.

—Sin duda no ignoras—me dijo Alsine—que luchó contra los normandos al frente de un ejército compuesto por veinte mil francos.

Creo que ya estábamos un poquito beodos, y es

indudable que al salir del banquete llevaba yo en el bolsillo la servilleta. Acompañé a mi amigo hasta su casa, y con su manecita ardorosa entre las mías le juré un afecto imperecedero.

Aquella pobre criatura murió a los veinte años.

VIII

ROMANTICISMO

Una de las personas más extraordinarias entre las que frecuentaban mi casa cuando yo tenía doce años era el señor Marc Ribert, hombrecillo de cincuenta o cincuenta y cinco años, con el pelo erizado, la frente abombada, las mejillas chupadas, y que hacía todo lo posible para ofrecer un aspecto de fatalidad y desesperación. Seguramente la marcha de sus asuntos influyó en este carácter, y se decía que iban de mal en peor por su causa. Hijo de un almacenista de vinos de Bercy, en su juventud había tratado asiduamente con los artistas y los escritores, con las mujeres galantes y con los cómicos; había dado fiestas magníficas, había hecho construir un castillo gótico en Clamart y había disipado en todo género de prodigalidades la herencia paterna. Su mujer, que murió joven de la dolencia que aún se llamaba entonces «consunción», le había dejado una hija de belleza ideal y de muy quebrantada salud. Al decir de las gentes, sólo cuando se le agotaron los recursos decidió suprimir sus derroches;